

PANEGÍRICO  
DE SANTA ISABEL, REINA DE PORTUGAL.

*Omnes semita illius pacifice.*  
Todos sus pasos, todas sus sendas eran  
pacíficas.

(PROV. III, 17.)

¡Grande cosa es la paz, católicos! Contemplad ese vasto universo que se desarrolla á vuestra vista. ¡Qué orden! ¡qué concierto! ¡qué armonía! En todo él reina un concierto magnífico, admirable, pacífico: todas las criaturas obedecen puntuales á las órdenes del Criador. Pero este concierto, esta paz es el resultado necesario de una armonía que el Omnipotente ha establecido en la creación. Subid más arriba; traspasad los límites del universo; contemplad el Empireo; ved en él esa hermosa Jerusalén celestial, á la cual la Iglesia llama feliz vision de la paz. ¡Qué union tan inefable! Es verdaderamente la mansion de la paz, porque allí reside el divino amor. Esta es la paz verdadera, este es el bien que nuestro divino Salvador aportó á la tierra. Así lo anunciaron en su nacimiento los ángeles. Esta es la paz que más tarde dejó como manda de amor en su último testamento el día antes de morir. La paz, pues, es un don divino, es un fruto del Espíritu Santo, es una gracia que Jesucristo mismo nos ha adquirido, es la señal y marca más cierta de que Dios habita entre nosotros.

¿Y en qué mejor ocasion pudiera exponeros, católicos, esta verdad tan consoladora, que en este grato día en que solemnizamos los cultos de una de las mayores santas, de la augusta Isabel, ilustre por su alcurnia de reyes y de santos, gloria de Portugal, honra de Aragon, lustre de la España entera? ¿Qué santo hizo más por conservar la paz? ¿Quién la predicó con mayor elocuencia, quién la procuró con mayor celo? En medio de las luchas y de las agitaciones que conmueven de continuo todas las sociedades, ¿no es para nosotros un

consuelo, el poder meditar en este breve rato sobre las virtudes de esta Santa, símbolo de la caridad, símbolo de la paz? Si, católicos; separándonos un momento de todo ese tropel de maquinaciones belicosas, rodeemos en santa paz y amor del Señor el altar de Sta. Isabel, reina de Portugal. Yo tengo la dicha de tener que elogiar sus virtudes, y vosotros y yo tendremos la de contemplarlas con religiosa atención.

Voy á haceros ver, amados míos en el Señor, el celo infatigable de nuestra Santa por la conservacion de la paz en su interior por medio de la paciencia: primera reflexion; entre sus prójimos por medio de la caridad: segunda reflexion; entre los reyes y pueblos por medio de la persuasion: reflexion tercera.

Para el acierto pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Penosa obligacion incumbe al orador cristiano, cuando no puede encomiar las virtudes de su héroe sin poner de manifiesto los males y vicios de su época. Aunque le cueste sobremanera á mi corazon de cristiano y español, para presentar á vuestra vista un cuadro, en que aparezca en toda su majestad y grandeza su principal personaje, la santa princesa objeto de estos cultos, preciso me es pintaros antes el fondo de aquél con el pincel de la verdad. ¡Memorias dolorosas y amargas, pensamientos funestos, hechos notables... necesario es recordarlos! El resplandor de la luz brilla más entre tinieblas; las sombras dan más realce á una imágen. ¿Compendiaré la historia de los males é infortunios, de las disensiones y desórdenes, de las roveallas y desacatos, de los excesos y extravíos? ¿Haré ver inconsecuencias funestas; piedad en un lado, crueldad por otro; una fé que hace exponer la vida mil veces en el combate, y que hace lanzar los moros de casi toda la España; y por otra parte, una época de escándalos y de desórdenes? ¿Hablare de una série de sucesos infaustos, de desavenencias entre príncipes, de maquinaciones entre hermanos, que alienen el espíritu de un cristiano y el corazon de un español? Sí; preciso es hacer una breve reseña de los siglos XIII y XIV. Recorramos Aragon.—Sucesos faustos.—De pequeña comarca y cortos principios se ve erigido en reino muy respetado y temido. Valencia, ganada á los moros por el rey D. Jaime el Conquistador en 1238. Aconteció en 1240 el sagrado Misterio y milagro de los corporales de Daroca. Menorca y Mallorca, acabadas de tomar á los moros en 1230. El reino de Sicilia pide por rey al de Aragon, cuyas proezas llenaban de asombro á toda la cristiandad; esto fué en 1283. Basta esto á nuestro intento. Hechos tristes, escándalos y violencias,

desde el palacio de los reyes hasta el último señor feudatario. Enemistades de los príncipes entre sí, guerras intestinas, la fuerza árbitra del derecho; disturbios domésticos, que, al fin, paran en formar banderías para hacer valer sus encontradas pretensiones.

Castilla. La milagrosa victoria de las Navas de Tolosa en 1211. La no ménos insigne batalla y milagrosa victoria del Salado. Los reyes de Castilla se apoderan de toda la Andalucía, y hacen tributario al rey moro de Granada. La corona de Castilla y de Leon aumenta en poder y territorio: los moros se retiran, y ya no inquietan más á los cristianos. Pero como en Aragon, disturbios domésticos, escándalos, violencias, desacatos. En Portugal, no habia cosa de notar: libre de los moros su territorio; pero tenia que temer de ellos; ayudaba á Castilla en las Navas de Tolosa y el Salado, y en todo encuentro sério contra el impío mahometano. Pero esta seguridad le hacia ménos cuidadoso de sus cosas de adentro; y así es, que los escándalos, bandos, parcialidades, desacatos y violencias se manifestaban todavia más descaradamente que en las otras dos coronas de España. Ved los lugares que habian de ser el teatro de las heroicas virtudes de nuestra ilustre princesa.

Nació Isabel el año 1271: fué hija de, Pedro, rey de Aragon, nieta de Jaime el Conquistador. Su madre, Constanza, hija del rey de Sicilia, nieta del emperador Federico, y de Sta. Isabel, reina de Hungría. Pocos años ántes habian comenzado funestísimas disensiones entre su padre y su abuelo, que hubieran podido tener las consecuencias más dañosas. El nacimiento de nuestra Santa apagó como un milagro el fuego de las discordias domésticas. Esto se tuvo por un presagio feliz, que anunciaba la paz entre los príncipes de España. El rey D. Jaime se encargó de la educacion de su nieta, y puso particular cuidado para nutrirla en las máximas de nuestra santa religion, é inspirarle desde la más tierna edad los nobles sentimientos que hacen amables á los grandes en la sociedad.

Ya fuese porque Isabel era naturalmente inclinada á la piedad, ó porque su génio amable y dócil daba lugar á las reflexiones y doctrinas de sus ayas, lo cierto es, que á la edad de ocho años edificaba la niña por su modestia y recogimiento, no ménos que por la austeridad de su vida. Ayunaba todas las vigiliás de la Iglesia, y practicaba tales actos de humillacion, que admiraban á cuantos la veian. En una edad en que todos los hombres son todavia niños, Isabel mostraba una madurez de espíritu, y una solidez en sus ideas tan grande, que cuantos la oían quedaban sorprendidos al ver que nada hacia ni decia que no fuese dictado por una gran prudencia. Era gra-

ve en sus discursos, en extremo contenida y circunspecta en todas sus acciones: nada pueril, vano ó débil. Comenzó ya desde este tiempo á rezar el oficio divino como lo hacen los clérigos; no leyó jamás ninguna comedia, novela ó canciones. En lugar de éstas aprendió de memoria todos los himnos de la Iglesia y otras cánticos sagrados. Trataba su tierno cuerpecito con aspereza; huía de la molice y las comodidades; profesaba horror al lujo y vestidos poco modestos; evitaba toda diversion profana, los juegos, bagatelas y frusterías de la niñez. Cuantos la trataban veian en ella un prodigio de santidad, y casi no podían creer á sus propios ojos: la miraban como un ángel que la divina Providencia enviaba en medio de la corrupción general de costumbres, para presentarla como modelo de princesas, dechado de virtudes y edificacion de todos.

Y con efecto, católicos, así era. El siglo que vió nacer á nuestra Isabel era un siglo de fé, es verdad. Todavía más: siglo en que la fé sola era el sostén de la sociedad, así como ya lo era de la religion. Puede decirse, que sin la fé católica la sociedad de los que constituian la que llamamos Edad media, hubiera sido una monstruosa alianza de la espantosa corrupcion de costumbres que le habia legado el imperio romano; y de la bárbarie y brutal violencia que se le acrecia por las irrupciones del Norte y Levante de la Europa. Pero Dios, autor de la sociedad, como de la religion, y más bien, autor de la religion para la sociedad, no podia dejar sin amparo la sociedad que con tan noble empeño habia abrazado su divina religion. La fé, pues, fué el vínculo de las naciones unas con otras, de los ciudadanos entre sí, de las familias, pueblos y ciudades. La fé era la que, haciendo callar mezquinas pasiones, abanderaba toda la nobleza de Sobrarbe, Aragon y Cataluña bajo los muros de Valencia, para someter la ciudad bajo el poder de D. Jaime el Conquistador, en cuyos estandartes habia militado ya en la conquista de Mallorca. La fé era la que haciendo cesar rivalidades y querellas entre los diversos príncipes, los unia todos bajo el pendon de Castilla, para alcanzar las dos milagrosas victorias de las Navas de Tolosa y del Salado. La fé era, en fin, el solo lazo que todavia podia unir los ánimos más discordes. Todo esto es verdad, católicos; pero tambien lo es, que las costumbres no correspondian á lo que la fé exigia de los reyes y de los pueblos, y que aquellas eran tan perdidas como ésta parecia ganada. Dios, empero, se dignó enviar almas privilegiadas, sobre las cuales derramó sobreabundantemente los tesoros de su gracia, para consolar á su afligida Iglesia, y animar á los fieles á la virtud, concretándonos á la época de nuestra Santa. Dios puso sobre el

trono cuatro santos, que se sucedieron uno á otro de un modo providencial. Apenas murió Sta. Isabel, reina de Hungría, ya florecía en santidad S. Fernando, rey de España: este santo tuvo el consuelo de ser testigo de las virtudes de S. Luis, rey de Francia, su primo; y apenas murió éste en 1270, en el siguiente nace Sta. Isabel, reina de Portugal. Ya lo veis, católicos: el Señor jamás desampara á su Iglesia.

Una de las recomendaciones más reiteradas y más enérgicas de nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, y en ellos á todos nosotros, era la caridad, la union, la paz; de tal modo, que nuestro amantísimo Maestro quería fuese ésta la marca característica de los que eran sus fieles discípulos y verdaderos apóstoles suyos: «Conocerán todos que sois mis discípulos en que os tengais amor mutuamente.» que en todos tiempos el enemigo no cesa de sembrar cizaña en el campo de la Iglesia, para introducir la division entre sus miembros, en la época en que nació nuestra santa, el demonio logró sembrar la division y animosidad entre los príncipes y grandes con tan funesto éxito, que en nuestra España daba compasion el triste espectáculo que ofrecian al pueblo tan miserables disensiones, como acabo de referiros. Dios, pues, envió á nuestra Isabel como ángel de paz, reconciliadora de los corazones desunidos. Su virtud no podia estar escondida, y así es, que la mano de nuestra Santa fué pedida por muchos príncipes de la cristiandad, aunque todavia muy jóven. Su padre decidió casarla con Dionisio, rey de Portugal: en su nuevo estado de casada, Isabel, que conocia los sagrados deberes de reina y de esposa, se mostró más celosa y rígida en sus prácticas de piedad. Sin faltar en nada á lo que segun Dios debía á su esposo, se impuso tal distribucion de tiempo, que todo él lo empleaba en su santificacion propia.

Madrugaba mucho; al levantarse, rezaba los maitines del oficio eclesiástico del día, laudes y prima. En seguida asistia á la misa, en la que ofrecia siempre algo en ofrenda; comulgaba muy frecuentemente; despues de la misa rezaba el oficio parvo de la Virgen y de difuntos. Lo restante del tiempo hasta comer lo empleaba en obras de caridad y misericordia. Despues de comer volvía á su capilla, en donde acababa de rezar lo restante del oficio, y oía las vísperas que se cantaban en ella. Por la tarde, en los ratos que tenía desocupados, los empleaba con sus damas en la costura de paramentos sagrados, que distribuía entre las iglesias más pobres. No omitta además oracion mental y lecturas espirituales. Su ayuno era continuo, pues que era en extremo sóbria y abstinente. Á más de los prescritos por

la Iglesia, Isabel ayunaba tres días á la semana y todo el adviento; y en honor de la Virgen, desde S. Juan á la Asuncion, y desde su octava hasta S. Miguel, á quien tenía especial veneracion. Era muy moderada en el vestido, enemiga del lujo, muy afable para con todos. Edificaba por la compostura y recogimiento con que se postraba ante los altares, á derramar delante de Dios lágrimas de amor y devocion. Hé ahí, en resúmen, el género de la vida de Isabel respecto á si misma.

Respecto de su familia no era ménos celosa y exacta en cumplir con sus deberes de esposa y de madre. Á nadie confiaba la educacion moral de sus hijos: ella les enseñaba é instruía con verdadero amor de madre, y con la grandeza de reina. Les enseñaba á ser buenos para que así fuesen mejores príncipes, haciéndoles ver, que la verdadera grandeza consiste en la virtud y dignidad moral. Demasiado conocidos son en la historia los desórdenes y la vida licenciosa de su marido: Isabel se portó con él con una prudencia, á la par que firme, conveniente, que solo su santidad podia dirigirla. Sufrió sin el menor murmullo las infidelidades de su esposo, llegando su sufrimiento heroico hasta el punto de cuidar de las infelices criaturas, frutos de sus desórdenes, cual si fuera ella su verdadera madre, no permitiéndole que las inocentes padeciesen la pena que merecian los extravíos á que debían su sér. Las hacía educar cristianay convenientemente, y los daba rentas con que pudiesen colocarse honestamente. Esta paciencia, caridad y heroica resignacion con un marido, que, obcecado por las pasiones, no podia, ó no sabia apreciar debidamente las virtudes de su santa esposa, le fueron haciendo poco á poco tanta mella en su corazon, que la respetaba mucho. Isabel rogaba en especial al Señor por la conversion de su esposo, y en efecto, consiguió que arrepentido de sus desórdenes pasados, mudase de vida, haciendo penitencia de sus pecados, pidiéndole perdon á su esposa. Tuvo ésta el placer de ver morir muy cristianamente á su esposo; asistió á su entierro en hábito de hermana de la Tercera orden de san Francisco, hizo una peregrinacion al sepulcro de Santiago de Galicia, en donde ofreció en sufragio del alma de su difunto esposo donativos muy extraordinarios. En fin, Isabel, deseando conservar en su corazon la santa paz del Señor, se propuso santificarse en su estado de esposa, de reina y de madre: vereis lo que esta admirable y heroica mujer hizo por procurar la paz divina entre sus prójimos.

\* No hay duda que el pecado es la principal causa de la pérdida de la paz en nuestro corazon; pero respecto de nuestros prójimos muchas y muy diversas causas pueden contribuir, y por desgracia contribu-

yen demasiado, á entibiar la caridad, debilitar la union, y romper la paz entre los hombres. El espíritu de partido, la oposicion de intereses materiales, la diferencia de opiniones, la diversidad en el modo de ver ó juzgar las cosas, son otras tantas causas de sembrar la division en los espíritus, y la discordia en los corazones. Y si no, decidme: ¿no es cierto que la guerra es el estado normal de la sociedad humana? Consultad la historia, echad una ojeada por la sociedad de hoy: ¿qué estais viendo? Por todas partes, ó una guerra declarada, ó una guerra latente y pronta á estallar á la menor ocasion. La sociedad no es á lo exterior más que un reflejo de lo que el hombre es en lo interior. Abrid su seno, entrad en su corazon: ¿qué veis en él? Una lucha continua. Lucha del vicio contra la virtud; y en el corazon animado por el vicio, lucha terrible y mortífera entre las pasiones entre sí, para disputárselo, ó más bien para atormentarlo.

Nuestra ilustre princesa, conociendo por su propia experiencia la dicha de un alma en paz con Dios y consigo mismo, y sabiendo cuánto recomendaba nuestro divino Maestro la paz del corazon, se propuso procurarla á sus prójimos por todos los medios que estuviesen á su alcance. Viócela, pues, aplicarse continuamente á ejercer en ellos todas las obras de caridad y de misericordia que exigiese su situacion. Al efecto tomó la santa resolucion de socorrer, en cuanto estuviera de su parte, todas las necesidades que llegasen á su noticia. El origen de casi todas las desavenencias, disgustos y contratiempos, en las familias como en los individuos, viene, por lo ordinario, de las dificultades que engendra una posicion desgraciada, acarreada voluntaria, ó involuntariamente. Isabel concibió, que siendo las necesidades de nuestros prójimos, tan diversas en su causa y origen, necesario era que el remedio se diversificase para hacerlo apto á cada necesidad. Ya habeis visto que para mantener la paz en su familia se propuso sufrir mucho, todo cuanto fuese compatible con su dignidad de madre, de esposa y de reina. Á más del sufrimiento empleó tambien la prudencia; y á todo esto añadió una perseverancia tal en sus resoluciones, que jamás se desvió un punto de la linea de conducta que se había trazado despues de maduras reflexiones. Á este sufrimiento, prudencia y perseverancia se deben la conversion de su esposo el rey, y la inalterable conservacion de la paz interior en su familia.

Pero lo que Isabel lograba en el seno de su familia, quería también procurarlo en el seno de todas las demás. Y así, se la vió siempre solícita en intentar todos los medios posibles de reconciliar las rencillas

domésticas que llegaban á su conocimiento. Y como sabia cuanto poder y ascendiente tenían las palabras de una reina, no perdió nunca las ocasiones que se le presentaron favorables. Mucho mereció Isabel para con Dios y para con las familias divididas, con los esfuerzos que hacia para lograr la paz y union de ellas, por medio de la reconciliacion. Pero su solícita caritativa buscó un campo todavía más aneburoso en donde espaciarse su ardiente celo por la paz. Sabiendo que la libre conducta de las malas mujeres era una perpétua sentina de enemistades, asesinatos, adulterios, prostituciones y ruinas de los individuos y de las familias, puso todo su conato en fundar casas de reclusion ó arrepentidas. Para sacar del peligro á la incauta sencillez y á la flaqueza del sexo, procuraba con el mayor anhelo dotar á doncellas pobres, y en especial huérfanas; las retiraba de las casas en que podia peligrar su honra y de consiguiente su alma; edificó casas de asilo y retiro para ellas, á fin de que libres de los lazos de Satanás, esperasen tiempo oportuno de colocarse honestamente en el santo matrimonio, ó tomar otro estado más perfecto siguiendo los movimientos de la gracia.

Fundó tambien la ilustre princesa una casa de niños expósitos, en donde se les prodigaban, no solo todos los recursos necesarios para la vida, sino una educacion muy esmerada; y proporcionándoles, cuando mayores, dotes ó medios de contraer un estado. Socorría con régia munificencia á todos los necesitados, de manera, que su esposo el rey llevaba á mal el que diese tanto, temiendo no le faltase lo necesario para sostener su dignidad real. Sabiendo un día con una suma de dinero, y otros efectos preciosos, que pensaba distribuir en limosnas como de ordinario, la sorprendió el rey y la dijo: ¿Qué llevas?—Rosas, respondió la santa y discreta reina; y queriendo el rey cerciorarse por sí mismo de lo que creía mentira para reprender amargamente á su esposa:—Enseñámelas, le replicó: y la Santa, desenvolviendo su manto delante de su marido, vió convertido en rosas todo el dinero que llevaba envuelto en él. Esto era en medio del invierno. El rey se quedó tan sorprendido y confuso, que no supo qué decirle.

Isabel, no pudiendo hacer por sí misma tantas limosnas y obras de misericordia como su corazon le dictaba, encargaba este piadoso ministerio á un paje suyo, muy devoto, leal y discreto. Uno de sus émulos, para perderlo, le calumnió delante del rey, imputándole crímenes de que quería hacer cómplice á su santa reina. Dionisio, demasiado crédulo, dió oídos al infame calumniador; y yendo un día á caza, pasó por una calera, y le dijo al calero, que al día siguiente mandaría á uno de sus pajes preguntándole si ya estaban cumplidas

sus órdenes; y luego que lo oyese, al punto lo echase en el horno. En efecto, mandó Dionisio al paje de la reina á que hiciera la pregunta al calero; pero al pasar por un templo, creyendo que no corría prisa el encargo, entró á oír una misa que ya se estaba celebrando. Como había llegado tarde, quiso esperar á oír otra entera, como lo verificó. Dionisio, impaciente por saber el resultado de su órden, que ya suponía ejecutada, mandó al calumniador á preguntar si sus órdenes estaban cumplidas. Fué el paje, vestido de su librea de casa real, con mucha presteza á saber el éxito: así que el calero lo divisó á lo léjos, previno á sus jornaleros lo preparasen todo para cumplir la órden de su rey. Apenas llegó el paje calumniador y habló, cuando el calero, ayudado de los otros, lo arrojó inmediatamente en el horno muy encendido á la sazón: en pocos momentos fué abrasado. Al poco tiempo llegó el virtuoso paje, y preguntó si las órdenes del rey habían sido cumplidas: le contestaron que inmediatamente había sido cumplida la órden del rey. Volvió á palacio, y sorprendido Dionisio con su presencia, averiguó el hecho, se informó escrupulosamente de la fidelidad é inocencia de su esposa en lo que la había calumniado el obcecado paje, y quedó plenamente convencido de la santidad de Isabel y honradez del paje virtuoso.

Si útil y necesaria es la paz respecto del individuo y respecto de la familia, todavía lo és más respecto de la sociedad. Uno de los deberes más sagrados de los príncipes, que en nombre de Dios ejercen la autoridad en la sociedad, es la conservacion de la paz. En un reino en donde no hay paz, no solo se arruinan las fortunas y los intereses de los particulares, no solo se debilitan los poderes y la fuerza pública de una sociedad, sino lo que es peor, las costumbres se pervierten, rómpense los lazos más sagrados. Nuestra Santa tuvo más de una ocasion de dar á conocer su celo por la pacificacion de los soberanos. Alfonso, hermano del rey D. Dionisio su esposo, se rebeló contra éste, armando gentes para mover guerra. Principio ésta, y apenas lo supo la reina, vá al encuentro de Alfonso sin la menor demora; sabe por su boca lo que motiva sus quejas contra Dionisio; háblale con blandura, pero con entereza, de la obediencia que debe á su rey; prométele resarcirle lo que él juzga pérdidas, y logra dar treguas á su ciega obstinacion. Sin perder un momento, va á juntarse con su marido, y le ofrece, para ajustar las paces con su hermano, Cintra y otras villas que le pertenecian. Con este sacrificio de sus propios intereses logra la reconciliacion de ambos hermanos; cuya buena armonia duró mientras vivieron.

Poco despues acedeen disensiones serias entre su primo el rey de

Aragon, Jaime, su hermano, y el rey de Castilla D. Fernando el Emplazado, yerno de aquél. Se habian declarado la guerra, y de un dia á otro podian comenzar las hostilidades. Isabel, llena de celo por la conservacion de la paz, parte inmediatamente al Aragon, tiene una entrevista con su hermano; en seguida vá al encuentro del rey de Castilla, desarma su cólera; consienten ambos reyes disidentes en nombrar por árbitro de sus pretensiones encontradas al de Portugal. Dionisio arregla el litigio, y cesaron las discordias entre ambos reyes de Aragon y Castilla. Poco más tarde, habiendo sobrevenido graves desavenencias entre el Portugal y Castilla, la reina medió entre ambos reyes, y logró una completa satisfaccion de ambas partes, sin menoscabo de ninguno. Pero lo que más affligia el corazon de la reina, era el ver las graves desavenencias entre su esposo Dionisio y su hijo Alfonso. Dos ó tres veces estuvieron á punto de hacerse una guerra parricida, y solo se evitó por la piadosa intervencion de Isabel. En la última desavenencia se dejó ver hasta dónde llegaba su celo por apagar el fuego de las discordias, aún con manifiesto peligro de su vida. Vá á ponerse en medio de dos ejércitos. Habla á su hijo Alfonso con la libertad de reina, con el amor de madre, con el celo de una santa. Instale, ruégale, pídele, mándale como madre y como reina: el hijo cede. Vá en seguida á ver á su padre, y esposo suyo: háblale con la confianza de esposa; interésase como madre en favor de su hijo; ofrécese en victima de expiacion, si es necesario haya una, para salvar al hijo; prométele en su nombre respeto filial, sumision de vasallo, lealtad de caballero. Arroillase ántes él, y lo conjura á perdonar al hijo, y que no se levantará hasta haber conseguido su perdon. Dionisio, conmovido á la vista de tanto heroismo y sacrificio, jura perdonar al hijo, y manda retirar su gente. Alfonso, enternecido, no puede contenerse más, y reconociéndose culpable, pide perdon, y se arroja á los piés de su padre: éste lo levanta, le abraza, y se reconcilian para siempre. Ved lo que sabe hacer una santa, una verdadera esposa, una heroica reina, una madre generosa.

Llena de méritos, admirada y venerada de todo el mundo, ésta real heroína llegó al término de sus dias. Como preparativo de su muerte, escogió por su mansion el convento de Sta. Clara, que había fundado en Coimbra, y en donde vivía como una simple hermana de la Tercera órden, cuyo hábito vestía. Dios que quiso naciesse reconciliando, quiso tambien muriese reconciliando. Á pesar de su vejez y de su debilidad, mandó que la trasportasen á Estremoz, en donde se hallaba su hijo Alfonso moviendo su gente con-

tra el rey de Castilla, en cuyos Estados iba á entrar. Llegada á Estremoz, su hijo Alfonso extremadamente conmovido de tan generoso sacrificio por la paz, se la prometió á su santa madre: lo que verificó inmediatamente ajustando paces con Alfonso el Onceno de Castilla. Sobrevino una enfermedad á Isabel, contraída por el movimiento del viaje y por los excesivos calores: á los pocos días pasó á gozar del Señor, el 4 de julio del año 1336, muriendo victima de la paz, y consumando noblemente una vida de heroismo y de caridad.

Celestial Isabel, que morais en los alcázares de la divina paz por siglos eternos, compadeceos de nosotros, fluctuando en este mar borrascoso, furiosamente agitado por las pasiones guerreras; miradnos con ojos de piedad y de misericordia. Si estando en la tierra fuisteis tan poderosa, que el Dios de los ejércitos jamás os negó la paz que le pedisteis para nuestros antepasados, pedidla tambien incesantemente para nosotros ahora, que sois más poderosa que entonces. Sois siempre ángel de la paz; alcanzadnos este celestial dón en el tiempo y en la eternidad.

---

## PANEGÍRICO DE SAN ISIDORO, ARZOBISPO Y DOCTOR.

---

*Dei te in lucem gentium, ut sis salus  
mea usque ad extremam terram.*

Te he destinado para ser la luz de las naciones, á fin de que tú seas el salvador enviado por mí hasta los últimos términos de la tierra.

(ISAÍ. XLIX, 6.)

Cuando el Señor, cuya providencia vela de continuo sobre los pueblos que ha elegido para sí, se propone cambiar su posicion y obrar en ellos una revolucion feliz, escoge siempre algunos génius privilegiados para que sean los instrumentos de sus altos designios, y los reviste de todas aquellas dotes que son necesarias para llenar cumplidamente la mision que les confia. Destinada estaba nuestra pátria á ser con el tiempo una de las naciones más grandes del mundo, sobre todo, por su religion y constante fidelidad á la doctrina católica. Su Iglesia debia figurar un dia con gloria en los fastos del cristianismo, como una de las primeras y más preciosas joyas de la Esposa del Cordero sin mancha. Despues de las terribles crisis que venia atravesando la España; despues de tantos siglos de persecucion, de esclavitud y de males sin cuento, en que sucesivamente la alligieron romanos, griegos, cartagineses, vándalos, suevos, godos, y otros cien pueblos más que la invadieron, justo era que saborease al fin los dulces frutos de la paz á la sombra del árbol benéfico del catolicismo. Llegó el dia tan deseado: nuestra pátria iba á ser renovada en sus creencias, y de esta renovacion iba á surgir un cambio prodigioso en sus leyes, en sus costumbres y en su civilization. Para eso era necesario un génio que, alzándose como un astro luminoso, derramase por todas partes los más esplendentes rayos de santidad y sabiduria. Este génio le halló España en el sábio y esclarecido arzo-

bispo de Sevilla, S. Isidoro, á quien el Señor llamó á tan colosal empresa, escogióle para labrar la felicidad de su patria.

¡España feliz! hé ahí el Noé que te depara el Cielo, para que sea tu reconciliador en el tiempo de la indignacion del Dios, á quien has hecho frente con tus delirios y aberraciones; el Moisés destinado á sacar á tus hijos de la dura servidumbre del arrianismo, y á ser el caudillo de una nueva generacion fiel á los verdaderos dogmas del Evangelio; el Samuel escogido para pronunciar desde el santuario los oráculos de vida eterna, y regir al pueblo segun la ley santa del Señor; el hombre, en fin, á quien han sido confiados tus destinos, y que despues de haber sido tu restaurador difundirá y extenderá los esplendentes rayos del humano y divino saber en todo el globo. Hé ahí descubierto el plan de nuestra marcha en el elogio del esclarecido Isidoro. Desenvolveré el vastísimo cuadro de sus virtudes, de sus trabajos literarios, de su celo incansable, de sus heroicos sacrificios, y de sus admirables acciones; todo ello en orden á la civilizacion religiosa y social del pueblo español y del mundo todo; y vereis que Isidoro, no solo engrandeció á su patria y contribuyó á su civilizacion, sino que derramó en todas las naciones de la tierra los resplandores de las doctrinas eminentemente sociales del catolicismo. Para el acierto pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Bien así como de tiempo en tiempo aparecen en el firmamento ciertos fenómenos, que, aunque pasan inadvertidos á la consideracion de los géneos vulgares, llaman sin embargo la atencion de los hombres reflexivos, que miran estos efectos como presagios de grandes acontecimientos, del mismo modo, de vez en cuando, surgen en la tierra algunos hombres, que si bien nada de particular ofrecen en los primeros albores de su vida, respecto de la gran mayoría del vulgo, nacen no obstante marcados con ciertos caracteres, que revelan al géneo observador los sublimes destinos á que están llamados. Isidoro fué uno de esos hombres, que desde la cuna déjense ver embellecidos con signos inequívocos de su futura celebridad. Severiano, su padre, á quien algunos hacen hijo del gran Teodorico II, advirtió un dia un enjambre de abejas, que con extraordinario susurro bajaban y subían hácia el cielo; quiso inspeccionar la causa de semejante incidente, y vió lleno de asombro y de admiracion, que aquellos animales, entrando y saliendo por la boca del niño Isidoro, habian formado un primoroso panel sobre su rostro. Este acontecimiento singular hizo pronosticar á aquel piadoso padre, que su hijo estaba destinado por el Cielo á enriquecer á su patria y al mundo todo con

las más suaves y exquisitas producciones del ingenio, y á derramar por donde quiera torrentes de ciencia celestial y divina.

El pronóstico no fué ideal. Colocado bajo la direccion de su hermano mayor, el glorioso san Leandro, fué tal su aplicacion, que aún siendo muy jóven, se le vió perfectamente instruido en la gramática, lógica, aritmética, geometría y música; erudito en las leyes divinas y humanas; esclarecido en las doctrinas de los filósofos; sábio cual ningun otro en las letras griegas, hebreas y latinas; y perfeccionado en las ciencias de un modo tan inaudito, que S. Gregorio Magno, al leer una carta que el jóven Isidoro habia escrito sobre la bienaventuranza, viéndola tan hermoçada con sentencias de filósofos, con las flores de las santas Escrituras, con tan nutrida elocuencia y con tan vehemente estilo, vaticinó, que los españoles tendrian en él un nuevo Daniel en la virtud, y un nuevo Salomon en la ciencia. Hondamente conmovido nuestro sábio jóven con el triste cuadro que ofrece á su vista el país que le dió el sér, busca el origen de los males y desgracias que lamenta su patria. Á su alta penetracion no puede ocultarse, que el arrianismo era, entre todos los errores que á la sazón infestaban á nuestro infortunado suelo, el principal agente que sostenia las excisiones, el elemento destructor de cuantas mejoras pudieran ensayarse, el más poderoso obstáculo que se oponia á la marcha de la civilization; y armado con el celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, disputa con los adalides de la secta, evoca conferencias públicas y privadas con sus más pertinaces defensores. Su sabiduria sólida é irresistible reduce á la nulidad las objeciones de los sectarios; su erudicion superior á sus años pulveriza con maestria sus sofisticos raciocinios. Los impíos tiemblan, los incrédulos se llenan de despecho, los herejes se confunden. En vano se le amenaza, en vano se le tienden asechanzas; nada es capaz de amedrentar el ánimo del jóven atleta; por el contrario, su valor redobla en proporcion que enreduce el combate; y cuando más numerosos son los enemigos á que tiene que hacer frente, y más peligrosos los asaltos que ha de resistir, con mayor brío se arroja á la liza: y lanzando rayos de sobrehumana sabiduria que hieren la inteligencia, derramando torrentes de fuego que abrasan el corazon de sus contrarios, arranca de ellos el convencimiento, ó les obliga á enmudecer. El pueblo prorrumpe en aplausos al Salomon virtuoso que le ha dado el Cielo, para que Dios sea loado y glorificado en su siervo, y en los que él instruye y edifica.

Pero, si bien las ventajas que reportaba diariamente Isidoro le proporcionaban dulces satisfacciones, tambien le atraian la rivalidad y

enemistad de muchos, que, no pudiendo soportar la luz que vertía su extraordinario saber, cegábanse voluntariamente, y meditaban cómo podrían triunfar por la traición del que no podían vencer con el raciocinio. Isidoro no teme ni las amenazas, ni las asechanzas, ni los baldones, ni la persecución continua de que es objeto de parte de sus rivales; encendido en el fervor de padecer el martirio, está dispuesto á morir por nuestra santa y adorable religión. S. Leandro, empero, recelando con fundamento, que pudiera malograrse aquel tierno arbusto, que en sus principios rendía ya tan copiosos y sazonados frutos, y atento á conservar para tiempo más oportuno los precoces talentos del que había de ser un día el sostén del catolicismo, y el más poderoso elemento de la civilización del pueblo español, procura reprimir su ardor juvenil, y reducéle á una estrecha reclusión, para librarle de la venganza que meditaban tomar de él sus encarnizados enemigos. Obediente Isidoro á la voluntad de su hermano, sepúltase en la soledad del retiro; y olvidado enteramente de las rápidas y asombrosas victorias que había alcanzado, solo piensa en adquirir nuevos y más vastos conocimientos. ¡Cómo se extasia su espíritu en la lectura de los santos Padres! ¡Cuál se embebe su alma en la meditación de las divinas Escrituras! No hay medio que no ensaye para llegar á poseer el mayor grado posible de ciencia.

Empero, no por esto descuida el cultivo de su alma con la práctica de las virtudes; muy al contrario, sirvese de la ciencia como de una escala para adquirirlas. Ascendido al sublime estado del sacerdocio, su virtud déjose ver tan clara y luminosa, que los ministros del altar tuvieron en él no poco que aprender y muchísimo que admirar. ¡Qué fervor en la celebración de los santos misterios! ¡Qué recogimiento y atención en los divinos oficios! ¡Qué solicitud en la predicación de la palabra evangélica! ¡Qué constancia en la instrucción de los fieles! Era un Samuel, cuya morada era el templo, cuya ocupación continua era consultar la voz del Señor y ejecutar sus divinos mandatos, siendo al mismo tiempo el oráculo del pueblo y un fiel intérprete de la voluntad del supremo sacerdote, cuyas veces representaba y de cuya misión estaba investido.

Entretando la silla arzobispal de Sevilla acababa de quedar vacante por la muerte del insigne Leandro. El católico Recaredo, deseoso de darle un digno sucesor, fija desde luego sus miras en su hermano Isidoro. En vano éste opone una tenaz resistencia: el pueblo le pide, el clero le insta, la nación le urge para que admita aquel espinoso cargo; y nuestro Santo, conociendo la manifiesta voluntad de Dios, inclina sus hombros, y anegado en humilde llanto recibe la unción

sagrada, y queda hecho pastor de aquella numerosa grey. ¡Cómo podré yo ahora hacerlos comprender la admirable conducta y los hechos prodigiosos, con que este doctor esclarecido interesó su vigilancia en la reforma de las costumbres de su pueblo, en hacer que floreciese la pureza de la fé y de la disciplina, conformar las clases de la sociedad con las reglas de la santidad, y aparecer en todo como un modelo de los preladados perfectos? Si cuando jóven y sin misión alguna especial, desarrolló un celo tan ardiente á favor de la religión, y combatió los errores, extirpó los abusos, arrancó los vicios, desterró los excesos que se oponían á su progreso, imaginado lo que haría revestido ya de la dignidad episcopal, á cuyo carácter está ligado como uno de sus primeros y más graves deberes, el velar por la pureza del dogma, ser el custodio de la moral, el sostén de las buenas costumbres, el depositario y el defensor acérrimo de la verdad. Imposible es daros una idea de su incansable actividad.

Colocado en la atalaya, observa desde allí todos los movimientos del enemigo para impedir la menor sorpresa. Si la herejía intenta levantar la cabeza y sembrar de nuevo la cizaña en el campo de la Iglesia, Isidoro la sale al encuentro, la confunde y anonada. ¡Con qué destreza maneja la espada de la divina palabra, siempre que se trata de convencer al que se obstina en sostener principios erróneos! ¡Qué torrente de celestial sabiduría destilan sus lábios, cuando se propone esclarecer la inteligencia del que divaga en la tenebrosa noche de la duda! ¡Qué fuego tan activo envuelven sus raciocinios, toda vez que se ve precisado á hacer frente á los argumentos de algún ingenio sutil y caviloso! Con la maestría de un guerrero avezado al combate, sabe usar de toda especie de armas, según que lo exige la clase de adversarios con quienes lucha. Á este le ataca con las autoridades de la sagrada Escritura, cuyos diversos sentidos desenvuelve tan luminosamente, que no deja lugar á la menor tergiversación: á aquel resiste con los nerviosos raciocinios de los santos Padres, cuya ciencia posee en tan alto grado que parece identificarse con ellos; y con tan poderosos auxilios cultiva, conmueve, sorprende y arranca el convencimiento de los entendimientos más tenaces. Teología, historia, filosofía, todo le es familiar á Isidoro, y de todo echa mano para defender los dogmas sagrados de la religión; y su instrucción variada reporta los más preciosos triunfos, arranca los más bellos laureles, y consigue los más felices resultados. Los más altivos cedros del error caen por tierra al eco atronador de su voz poderosa. Gregorio Antesignano, obispo, de nación siro, agudo, fácil en paralogismos y acostumbrado á arrebatar á no pocos hácia el abismo del error,



desafia á Isidoro á una pública disputa; nuestro Santo admite el reto, y ánte su profunda erudicion, los vanos sofismas, los capciosos argumentos y las ingeniosas sutilezas de aquél desaparecen, al modo que las hojas secas de los árboles son arrolladas por el soplo de viento en tiempo de otoño.

Mientras así pelea contra los enemigos de la verdad, ni un momento descuida el cultivo de la buena semilla con respecto á la moralidad de su querida grey. Altamente penetrado de la necesidad de dar una direccion distinta á las viciadas costumbres de su siglo, acomete esta empresa con un fervor singular, resuelto á no levantar mano, hasta conseguir cambiar enteramente la faz de aquella diócesis que le estaba encomendada. Fiel imitador del divino Maestro, une admirablemente la severidad, que nunca transige con el pecado, á la afluente condescendencia, que está siempre dispuesta á simpatizar con el pecador; la justicia que demanda la expiacion del delito con la piedad que perdona y abraza al delincuente. Aquí reprende, allí acaricia, ahora arguye, luego halaga; con la misma mano que castiga el crimen que se ensorbece, levanta y ayuda á la debilidad que se humilla; terrible para el que se endurece en la obstinacion, es en extremo tolerante para el que reconoce sus extravíos. Con esta táctica prudente se hace respetar de los unos, se granjea la confianza de los otros: el discolo le teme, el dócil le busca, y todos á la vez encuentran en él un censor inflexible del vicio, un defensor acérrimo de la virtud, un freno para no incurrir en el mal, y un apoyo para sostenerse en el bien. Merced á su infatigable constancia la moral ganó un inmenso terreno; los vicios disminuyeron considerablemente, y en todas las clases se admiró una gran reforma.

Convencido de que la educacion de la juventud es el cimiento de todo lo bueno y útil en el órden social, la fuente de la prosperidad, la garantia de las leyes, la columna, en fin, del edificio público, establece colegios, crea seminarios, en donde no solamente los jóvenes de su diócesis sinó tambien de toda España se forman en letras y en virtud dirigidos por doctos y virtuosos profesores, bajo la inspeccion directa de nuestro Santo, que vela continuamente por esta grandiosa obra de su génio creador. ¿Y qué servicios tan importantes, qué ventajas tan positivas no ha reportado nuestra pátria de esta institucion altamente civilizadora? Diganlo los Ildefonsos, los Braulios y otros mil génios eminentes en ciencias y santidad, que salieron de esos seminarios, y que á manera de soles benéficos difundieron por toda la tierra las más brillantes luces. No contento con esto promueve el concilio segundo Hispalense, en el que sostiene la doctrina católica

contra los desmanes de los acéfalos, y preside con la autoridad pontificia el celeberrimo concilio cuarto Toletano, en el qual truena contra los abusos introducidos en la disciplina; y con aprobacion unánime de aquella ilustre asamblea, compuesta de sesenta y dos obispos, forma las más sábias reglas para el régimen de las iglesias, promueve mejoras considerables en la instruccion de los que aspiran al sacerdocio, fomenta la aplicacion al estudio de las ciencias sagradas, reprime con terribles anatemas la alevesia y el regicidio, y hasta se ocupa de lo concerniente á las formalidades con que debe procederse en la sucesion á la corona en la muerte de los monarcas españoles. Este concilio, que fué la norma de cuantos en lo sucesivo se celebraron, será para Isidoro un monumento eterno de gloria; pues su gran génio brilló extraordinariamente en él por lo acertado de sus disposiciones, y por los bienes inmensos que de él reportaron la Iglesia y la sociedad.

Mas tiempo es ya de completar la preciosa auréola del hombre insignie que hoy nos ocupa. Una vida tan fecunda en merecimientos era digna de ser coronada con una muerte gloriosa. Cuarenta años de obispado, en los cuales, además de lo mucho que ántes habia trabajado, se consagra sin reserva á dar impulso á la civilizacion del pueblo español, por medio de las verdades sociales y de la unidad católica, le hacian ya acreedor al eterno reposo de las almas justas. Se dispone á morir como tal, y al efecto busca el retiro de la soledad. Allí se entrega á la oracion y á los ejercicios de la piedad. Distribuye los caudales de su iglesia en manos de los menesterosos; y cuando juzga próximo el postrer momento de su existencia, se hace conducir á la iglesia, y postrado en tierra envuelto en un cilicio, hace su confesion, pide perdon á los circunstantes, y recibe el pan eucarístico como viático para el gran viaje de la eternidad; y despues de haber recomendado á los obispos el cuidado de su iglesia y de sus polvres, despues de haber vaticinado al porvenir que esperaba al pais que le viéa nacer, espira en el ósculo santo, y sube á ceñir la diadema de la inmortalidad de las manos de aquel Dios á quien tan grata ha sido su vida.

No creais, empero, que con la vida terminase su inmarcesible gloria; el brillo de su grandeza no podia quedar sepultado entre el polvo de la tumba. El Señor no le habia elegido únicamente, para que engrandeciese á su pátria y contribuyese á su civilizacion; si que tambien queria fuese un astro luminoso, que esparciese los resplandores de la doctrina católica en todas las naciones de la tierra. Isidoro llenó esta gran mision. No hay nacion que no se haya servido de sus vastos conocimientos; no hay lugar donde no hayan penetrado las

luces de su sabiduría. Escribió veinte libros de los Orígenes ó Etimologías llenos de exquisita erudición, en donde trata de casi todas las ciencias humanas; hizo comentarios sobre los libros históricos del Antiguo Testamento, glosándolos con admirable uncion y maestría; compuso un tratado muy curioso de los escritores profanos, y otro no ménos interesante de los escritores eclesiásticos; arregló la liturgia llamada despues Muzárabe; formó una crónica desde Adán hasta el año 626 de la era cristiana, y la historia de los reyes godos, vándalos y suevos; dejó una preciosa coleccion de las decretales, que comprende los concilios griegos, empezando por el de Nicea, los de España, Francia y África, las cartas de S. Dámaso á Paulino de Antioquia, las de Siricio y sus sucesores hasta Gregorio Magno. Pero ¿quién es capaz de decir en breves palabras lo mucho que dió á luz su fecunda pluma? Puede decirse que escribió una completa librería, en la que nada tienen que desear los gramáticos, los filósofos, los teólogos, los canonistas y legistas, los cenobitas y ascéticos. La historia ha colocado su nombre al lado de los génius más eminentes de su época, y le ha prodigado los más lisonjeros elogios; los sábios le han reverenciado con entusiasmo, como una de las más resplandecientes antorchas del cristianismo; las universidades más célebres, las más insignes academias han consagrado á su memoria los más gratos recuerdos. Roma, que admiró sus luces, escuchó los oráculos de su sabiduría, y dió un testimonio inequívoco de su alta consideracion poniendolo en el catálogo de los doctores de la Iglesia universal. En fin, el octavo concilio de Toledo le apellida doctor escogido, ornamento del cristianismo, y digno de ser nombrado con toda reverencia.

Despues de esto, ¿quién no confesará, que Isidoro fué escogido por Dios para colocarle en el mundo como un faro luminoso, que derramase los resplandores de las doctrinas eminentemente sociales del catolicismo en toda la redondez de la tierra? Sus luces han penetrado por todas partes, y no podreis hallar un solo establecimiento científico en donde mil veces no se hayan consultado sus obras, ya para discernir cuestiones dogmáticas, ya para dilucidar puntos de controversia, unas veces para esclarecer hechos históricos, otras para conciliar dudas cronológicas, ora en lo perteneciente á ritos, ora en lo correspondiente á la disciplina, ó en otras materias. Gloríese, pues, España de este hijo suyo, y grabe en eternos caracteres el nombre de Isidoro arzobispo de Sevilla, modelo del obispado, baluarte de la verdad, martillo de la herejía, apoyo de la ciencia, sostén de la religion, consuelo de la humanidad, fomentador de las ver-

daderas luces y núcleo de la cristiana civilizacion. No olvide nunca, que él cooperó con su doctrina, con sus trabajos, con su asiduo y constante celo, á basar sobre la unidad católica los cimientos de nuestra unidad civil y política. Tenga siempre presente, que él fué quien promovió y presidió la ilustre asamblea en que se discutieron, redactaron y sancionaron las leyes, que, despues de haber civilizado nuestro país, le elevaron á una altura envidiable á las demás naciones del mundo. Aprovechémonos todos de sus enseñanzas y de sus ejemplos. ¿De qué nos serviría haber nacido bajo el mismo cielo, haber respirado el mismo ambiente y haber tenido una misma madre comun, si por no imitar su vida, no pudiésemos ser compañeros suyos en la mansion de la inmortalidad? España, que cuenta sus grandezas por las heroicas virtudes de sus hijos más que por las hazañas y ruidosas conquistas, se complacerá sobremanera en ver reproducidos en nosotros aquellos monumentos de santidad, que tanto enaltecieron su nombre en las pasadas edades. Sea, pues, Isidoro la norma de nuestras costumbres, copiemos en nosotros la imagen fiel de tan brillante original, y de esta suerte nuestro porvenir no será incierto, y si, por el contrario, segura é infalible nuestra eterna felicidad.

Isidoro glorioso, hijo predilecto de la ciencia y de la virtud, que el Señor comunica á los que como vos saben pedir y suplicar con espíritu devoto y humilde; sed nuestro padre y nuestro maestro desde el Cielo, como lo fuisteis de nuestros gloriosos antepasados en la tierra. Ilustradnos, para no ser víctimas del error, y no consintais que los doctrinados en vuestra escuela nos extraviemos de la senda recta, que conduce á la triunfante Jerusalén de la gloria.

PANEGÍRICO  
DE SAN ISIDRO LABRADOR.

*Sortitus sum animam bonam.*  
Me cupo por suerte una buena alma.  
(SAP. VIII, 13.)

Admirable es Dios en la hermosa fábrica del universo; admirable en la inmensa grandeza de los cielos, en la asombrosa muchedumbre y variedad de las estrellas, en el rápido movimiento del sol y de la Luna; admirable en la hermosura de la tierra, en la multitud de sus producciones, en la variedad de sus plantas, en lo sazonado de sus frutos, en la preciosidad de sus minerales, en el instinto de tantos vivientes que por todas partes la pueblan y habitan; admirable en los inmensos depósitos de aguas de que formó los mares, en la asombrosa elevación de sus olas, en sus perennes flujos y reflujos, en sus senos, sus playas y sus golfos, y en la infinita muchedumbre de sus peces; admirable en la fuerza incontestable de los vientos; admirable en la actividad exterminadora del fuego, que consume y aniquila cuanto se le acerca. En una palabra, Dios es admirable en la creación de los cielos y la tierra, y de todos los elementos. Empero, aunque esta sea una verdad, evidente á cuantos tienen ojos para ver las obras maravillosas del Sér supremo, se presenta sin duda incomparablemente más admirable el Señor en la elección eterna de algunas criaturas, á quienes segrega de la masa comun de los mortales para que sean agradables á sus divinos ojos, y alcancen llenos de méritos y virtudes un trono muy distinguido en la bienaventuranza.

¿Qué cosa á la verdad más maravillosa, que ver á los Fernandos, Luíses y Casimiro sobre el trono, lugar tan á propósito para llenarse de orgullo, tan humildes, tan dóciles, tan piadosos y caritativos? ¿Qué cosa más admirable que ver á los Danieles, Josés y Sannuels en las córtes de los mayores príncipes, y rodeados de una inmensidad de negocios, con un espíritu de tranquilidad y retiro interior que pudieran envidiar los Arsenios, Pablos y Patomios? ¿Qué cosa más admirable que ver á un hombre sin literatura practicar la cien-

cia de los Santos, y llenar de una saludable confusión á los sábios del siglo? ¿Un hombre, que no contaba entre sus antepasados héroes famosos, célebres capitanes, ni otros personajes ilustres por las armas y las letras; pero que supo vencer los poderosos enemigos de su alma, y conquistar el reino de los Cielos? ¿Qué cosa, en fin; más admirable, que ver á un pobre labrador declarado patrono de la brillante corte de los monarcas españoles, venerado de los pueblos, colocado sobre los altares, y hecho digno objeto de la presente solemnidad? Ciertamente, hermanos míos, que aunque Dios sea admirable en sus Santos, lo es mucho más en Isidro, llamado por Dios á los rudos ejercicios de labrar los campos, y hecho una viva copia de Adán, sometido y obediente á los preceptos del Altísimo.

Celebrad vuestra dicha, hermanos míos, en tener á vuestra vista un Santo cuya vida podeis imitar; una vida en la que no hallareis las asombrosas penitencias de los anacoretas, ni los horribles tormentos de los mártires, ni los sudores y afanes de los santos Padres y Doctores. Empero, no tendreis ya pretexto para no ser santos ni en la falta de vuestros talentos, ni en la debilidad de vuestra salud, ni en que no os hallais con suficientes fuerzas para entregar vuestro cuerpo á manos de los verdugos. Isidro os enseña, que podeis ser santos como él, siendo casados, siendo labradores, siendo pobres, cuidando de vuestras casas, cultivando vuestros campos; pero siendo piadosos, afables, benignos, modestos, misericordiosos y mortificados. En una palabra, siendo hombres de bien, como lo fué Isidro, sereis santos. Hé aqui el verdadero carácter de S. Isidro: él tenía un alma buca, *era un hombre de bien*; y esto será el asunto de este discurso, y el objeto de vuestra atención. No penséis que es elogio poco correspondiente á las grandes virtudes de nuestro Santo; nada más comun que llamarse los hombres *hombres de bien*; nada más raro, empero, que lo sean en realidad. Vosotros vereis en estas dos palabras un conjunto de acciones tan heroicas que, con dificultad, halláramos palabras con que explicarlas, si la divina gracia no nos asistiese. Pidámosla por la intercesion de la Virgen: *A. M.*

El hombre, para ser *hombre de bien*, ha de cumplir con ciertas obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo; y para cumplirlas no bastan las débiles fuerzas de la naturaleza y las escasas luces de la razon; el hombre, sin los auxilios sobrenaturales de la gracia, ni conoce á Dios, ni le dá el debido culto; ni es útil á su prójimo, ni le ama con verdadera caridad; ni subordina sus pasiones á la razon y á la ley, ni se gobierna por principios de probidad, de cas-

tidad, de humildad, ni de mansedumbre. Nosotros, que por una particular misericordia del Altísimo, nos hallamos ilustrados con las luces de la fé, creemos firmemente, que para ser un hombre lo que debe para con Dios, para con el prójimo, y para consigo mismo, esto es, para ser *hombre de bien*, debe de tener un espíritu de religion para con Dios, un espíritu de caridad para con su prójimo, y un espíritu de mortificación para consigo mismo. Esto es ser *hombre de bien*; esto es lo que fué S. Isidro; y esto es lo que debeis de ser vosotros.

El Santo debió al Cielo la gracia singular de haberle cabido en suerte una alma buena. Tenia una condicion dulce, suave y benigna; un génio dócil y tratable; una presencia modesta y amable, y una inclinacion natural á la virtud. Aborrecia las travesuras indecorosas de los otros niños, los juegos en que se ofende al virginal pudor, las diversiones nada honestas, que tanto suelen perjudicar á las almas en la infancia. No ignoraban sus cristianos padres esta bella indole y buenas inclinaciones del niño Isidro; y aunque por su pobreza no pudieron dedicarle á la carrera brillante de las letras en las universidades, cuidaron de ser ellos mismos sus maestros, instruyéndole sólidamente en los principios de la Religion y en las buenas costumbres. Sus frecuentes amonestaciones y, sobre todo, su ejemplo, se imprimian como en blanda cera en el dócil corazon de Isidro, y producian los más prodigiosos resultados. Nada deleitaba tanto al niño como la asistencia á las misas, la visita de las iglesias, la frecuencia en el rezo, y el repetir con sus padres la doctrina y las oraciones que le enseñaban.

No acontecia con Isidro y sus padres lo que tan frecuentemente lloramos en nuestros dias, al ver muchos padres tan lastimosamente olvidados de las graves obligaciones que la ley santa de Dios les impone, y la naturaleza les inspira; y al observar hijos inobedientes, tercios y rebeldes á las instrucciones y ejemplos de sus padres. Toleran unos, que sus hijos se abandonen á una peligrosa ociosidad, y que en ella fomenten los vicios, como necesariamente ha de suceder á quien, omitiendo la grave obligacion que todos tenemos al trabajo, no se dedica á una ocupacion honrosa. Procuran otros, que sus hijos trabajen aún desde su más tierna edad; pero omiten lastimosamente su competente instruccion, para que ofrezcan á Dios los trabajos con un espíritu de verdadera religion. De donde resulta, que unos, por no dedicarse al trabajo, y otros por trabajar sin espíritu y sin dirigirse á Dios, consumen los dias de su vida, y se pierden miserablemente. No así obraron Isidro, ni sus padres. Estos, teniendo presente que Dios nos manda comer el pan con el sudor de nuestro

rostro, le destinaron á la agricultura desde su adolescencia. Mas al propio tiempo que le apartaron de la ociosidad con un trabajo honesto, le inspiraron máximas de religion para que con él sirviese á su Criador. Viéraislo por tanto ofrecer á Dios sus obras por la mañana, visitar las iglesias de Madrid, asistir con devocion y recogimiento á la celebracion de la santa misa, y mantener siempre el espíritu en la presencia de Dios en medio de sus labores.

Cierto es, hermanos míos, que en aquellos tiempos, como en los presentes, no faltaron lenguas mordaces y malignas que criticaban su piedad, y le acusaban, de que por atender á las prácticas de devocion faltaba al cumplimiento de sus deberes. No faltaron, es verdad, personas que, aparentando celo, le acusaron á su amo de que acudia tarde al trabajo, por andarse visitando las iglesias; pero Dios volvió por la inocencia de su siervo, permitiendo que su mismo amo viese á dos ángeles, que con dos yuntas de bueyes auxiliaban á Isidro en el trabajo. Pasmado de esta maravilla, y de haber visto en otra ocasion trabajar solo el ganado, comprendió la santidad de su labrador y la malignidad de sus calumniadores. No fué solamente este prodigio el que manifestó el espíritu de religion que animaba á nuestro Isidro; Dios nuestro Señor quiso tambien patentizarle con el siguiente milagro.

Regresaba el Santo desconsolado de su trabajo cierto dia por no haber podido oír misa: llegó á las puertas de la parroquia de S. Andrés de Madrid, y con todo el afecto de su corazon se puso á orar: descendió sobre él el Espíritu del Señor, y le elevó en un éxtasis maravilloso, en que vió patente el Cielo, y celebrarse en él una solemnisima misa, á la cual asistian y ministraban los ángeles y los Santos; concluida, volvió á sus sentidos con indecible consuelo de su espíritu. Pero ¿qué mucho que Dios favoreciese á su siervo con estos prodigios, si Isidro dirigia todas sus obras, todas sus palabras y todos sus pensamientos á la mayor gloria de su Criador? Cuando el Santo empezaba su trabajo continuaba su oracion, levantando los ojos y el corazon al Cielo para ofrecer á Dios aquellas fatigas en satisfaccion de los pecados del mundo. Cuando cesaba del trabajo proseguia en la oracion, dando gracias al Cielo por aquel alivio. En suma, cuando regresaba del campo, y cuando estaba en casa, cuando comia, cuando bebia, en todas partes y siempre Isidro era el mismo; esto es, en todo manifestaba su espíritu de religion para con Dios, en la frecuencia de Sacramentos, en la oracion continua, en la recta direccion de sus trabajos, en la asistencia al santo sacrificio de la misa y en la visita á las iglesias.

¡Qué vida, hermanos míos, tan inocente, tan justa, tan religiosa, tan digna de vuestra imitación! Nó, no se os exige que sacrifiquéis vuestros hijos sobre el monte, como Abraham, solo se trata de que conozcáis á aquel gran Dios, que con su soberana providencia conserva y gobierna este mundo; que con su agradecidos á los beneficios que tan frecuentemente recibis de sus liberales manos; que le ofrezcáis vuestros sudores y afanes en satisfaccion de vuestros pecados; y que os ejerciteis en repetidos actos de virtud, creyendo en sus palabras, esperando en sus promesas, amando su infinita bondad, y viviendo siempre como Isidro en su presencia. No se os ordena habitar en los desiertos, vestir duras pieles de animales, comer insípidas yerbas; no, hermanos míos, solamente se trata de que, á imitación de Isidro, frecuentéis los Sacramentos, visiteis las iglesias, asistais á las misas, y conozcáis que siempre y en todas partes estais delante de Dios, que os ha de premiar ó castigar conforme fueren vuestras obras. Pero nada, nada es capaz de despertar á innumerables cristianos del funesto adormecimiento en que viven sumergidos, de la pavorosa estupidez é insensibilidad en órden á su destino eterno, y de la horrible indiferencia con que miran el Cielo y el Infierno. Doctrinas, pláticas, sermones, amonestaciones, consejos, libros, buenos ejemplos, reprensiones, todo es inútil para muchas almas, poniendo á la Iglesia en la dura necesidad de compelerlos y llevarlos como por fuerza á la mesa del Señor. ¡Ah! ¡cuán distantes se hallan estas almas del espíritu de religion que poscia Isidro! No seais vosotros, hermanos míos, de este número: ofreced vuestras obras al Señor como Isidro. Mas no os olvidéis al mismo tiempo de estar animados para con vuestros prójimos de un espíritu de caridad.

Esta virtud es aquel vínculo de perfeccion, como la llama el Apóstol, que nos une y enlaza, porque indudablemente la caridad es la más principal é importante de todas las virtudes. Esta preciosa virtud forma en el mundo un solo corazon y una sola alma de todos los hombres, á pesar de la diferencia de naciones, edades, sexos, condiciones y estados; porque la caridad es sufrida, es dulce y bienhechora; no se irrita, no busca sus intereses; no es temeraria, no piensa mal, todo lo cree, á todo se acomoda, todo lo espera y soporta todo. Desterrará esta caridad del mundo, y vereis trastornado el universo, y todo lleno de una espantosa confusion.

Vereis los hijos sin obediencia, los padres sin amor, los súbditos sin subordinacion, los soberanos sin piedad, los pobres sin paciencia, los ricos sin misericordia; y, en una palabra, todos los pueblos ardiendo en el fuego de la enemistad, la inquietud y la discordia. La

caridad es la virtud que forma el carácter de un cristiano, de un hombre de bien, de S. Isidro. Teniendo presente el Santo aquel admirable consejo que dió el anciano Tobías á su hijo: *Si tuvieres mucho dá con abundancia; si poco, procura dar de buena gana aún de este poco que tuvieres*, cercenaba de su corto salario cuanto podia, para que participasen de él sus hermanos los pobres, ciñéndose él á los límites de la mayor frugalidad. ¡Qué bello espectáculo, hermanos míos, tan digno de la admiracion de los ángeles se descubre en la caridad de nuestro Isidro! El Santo no despreciaba ninguna de cuantas ocasiones se le ofrecían de ejercitarla. Fué convidado cierto día á comer en una solemne funcion de una cofradia, de la cual era individuo Isidro: tarda el Santo en concurrir al mediodia, porque anduvo muy ocupado reuniendo una gran tropa de pobres; llévalos consigo á casa del mayordomo, pero no cabian en ella por ser tantos: dicele que han comido ya los demás cofrades, y que solo se le ha guardado su parte. Venga enhorabuena esa parte, dice el Santo; y tomándola en sus manos, entra con ella en medio de sus amados pobres. Divide aquel poco de pan con sus benditas manos, y en ellas se multiplica de suerte, que sobra pan para todos los convidados. Ejecuta lo mismo con los demás manjares: come él, y comen abundantemente sus pobres; quedan todos satisfechos y aún sobra comida. ¡Oh, cuán prodigiosas son las obras de la caridad! ¡Cuán benéficas las entrañas de la misericordia!

Mas no os figureis que la caridad de Isidro se circunscribía á estos límites. Él amaba á todos los hombres, y á todos les procuraba algun socorro. Aún existen en Madrid los pozos que S. Isidro labró para la comun utilidad. Perenne está la fuente de las cercanías de la Corte, que hizo brotar el Santo con el golpe de su aijada, para refrigerar la sed de su amo, y para que todos los que bebiésemos de aquella agua glorificásemos á Dios, que tan admirable se manifiesta en la caridad de su Santo. Los hospitales le tuvieron por su auxiliar, los enfermos por su consuelo, los tristes por su alegría, los débiles por su fortaleza, los ignorantes por su maestro, los viciosos por su corrector, y los justos por su modelo. Los milagros que justificaron esta verdad fueron innumerables. Escuchad este solo. Muriósele á su amo, Ivan de Vargas, una hija muy amada, llamada Maria, y al regresar el Santo de su trabajo halló llena de dolor toda la casa, y los domésticos ocupándose en los preparativos para dar sepultura á la difunta. Conmoviéronse las entrañas piálosas de nuestro Isidro al contemplar tantas lágrimas, al oír tantos clamores; y poniéndose en oracion con grande fervor y espíritu, alcanzó de Dios el remedio de

aquella desgracia. Pasó adonde estaba la difunta: tocóla con su rostro, é inmediatamente la restituyó la vida con admiracion y asombro de todos los circunstantes. Pero ¿qué mucho, amados hermanos, fuese caritativo con los hombres quien extendia sus limosnas hasta á los irracionales! Contempladle como se dirige al molino en un día de grandes nieves, y observando sobre unos árboles muchas aves, que no hallaban alimento por la demasiada nieve, condolióse de su necesidad, y sacando algunas porciones de trigo las derramó en el suelo, apartando con sus manos la nieve para que pudieran comer. Miradle empezar la sementera; pero separando ántes parte de ella para que las hormigas y otros animalitos tuviesen su provision. Vaya esto, decía el Santo, para Dios, esto para nosotros, y esto para las avecillas y animalitos del Señor; porque cuando Dios dá, para todos dá, y cuando Dios amanece, para todos amanece.

Confieso que al pronunciar estas palabras el corazon se me conmueve. Yo veo la caridad de Isidro, y en ella una viva copia de la infinita caridad de nuestro Dios, que reparte su luz sobre los buenos y los malos, y que hace descender su lluvia, segun la expresion de la Escritura, sobre los justos y pecadores, y que atiende con admirable providencia á los hombres y á los brutos. Yo veo en Isidro un espíritu de caridad para con su prójimo; un espíritu que le hacia todo para todos. ¡Grande confusion para nosotros, hermanos míos! Isidro, repartiendo con una caridad heróica sus propios bienes, aunque cortos, á sus hermanos los pobres; y nosotros apeteciendo con una insaciable avaricia los bienes de los ricos. Isidro, procurando con su caridad la tranquilidad de todas las familias; y nosotros, con un génio indómito y alivo, desasosegando nuestras propias casas, inquietando é introduciendo la confusion en las familias ajenas. Isidro, atendiendo hasta á las avecillas del cielo y á las hormigas de la tierra; y nosotros maldiciendo las aves, los animalitos y los hombres. ¡Ah! ¿Cuándo nos animará un espíritu de religion para con Dios como á Isidro? ¿un espíritu de caridad para con nuestro prójimo, como á Isidro? Cuando obtengamos un espíritu de mortificacion con nosotros mismos como Isidro.

Si, hermanos míos: la mortificacion es el único freno que doma las pasiones para que no se precipiten en el abismo de los vicios. El hombre sin mortificacion es como una fiera indómita por la corrupcion humana, que ocasionó en la naturaleza la culpa de Adán. Llena su mente de ignorancias y su voluntad de rebeldias contra la razon y la divina ley, apetece siempre lo deleitable á los sentidos; la mortificacion, empero, hace que el alma someta al cuerpo con todas sus

concupiscencias. Ya conoceréis, hermanos míos, que al hablaros de mortificacion no debéis entender que se trata solamente de cilicios, de disciplinas, de ayunos y de viglias, sinó tambien, muy particularmente, del buen uso de aquella potestad, de aquel poder con que dotó Dios al alma, para que, sometiendo los apetitos desordenados de su cuerpo, sirvan el cuerpo y el alma á su Criador. Hablo de la paciencia en los trabajos, de la conformidad con la divina voluntad en la pobreza, en las enfermedades, en las calumnias, en las persecuciones. Hablo de la resignacion en la contrariedad de génius, en las tribulaciones del estado y del oficio, en la intemperie de los elementos, y otras miserias que abruma á la humanidad. Esta es la más apreciable, la más ventajosa y la más meritoria mortificacion; ésta es la que tuvo S. Isidro. No os figureis, que porque era de unas costumbres irreprehensibles le faltaron mortificaciones de todas clases. Las tuvo con sus amos, con su mujer, con su familia, y con otras varias personas. Mortificaciones con su amo; pues extrañando éste, en cierta ocasion, lo mucho que habia cogido Isidro de su pequeña sementera, dióle á entender que lo habria hurtado de la suya. Amargo trance, hermanos míos, para un hombre de bien, verse tratado de ladrón. Pero ¿pensais que se conmovió Isidro? ¿Pensais que se encolerizó? Nada ménos. Con semblante sereno y corazon tranquilo, respondió á su amo: «No soy ladrón, ni Dios permita que yo me haga reo de tal pecado: su divina Majestad distribuye los bienes segun place á su adorable voluntad; Él es quien me ha dado esta copiosa cosecha: su nombre sea bendito eternamente. Pero si usted quiere deponer toda sospecha, llévase enhorabuena todo el trigo, que yo con la paja tengo bastante.» Efectivamente, tomóle su amo todo el trigo, y el Santo, lleno de fé y confianza en el Señor, empezó de nuevo á aventar la paja. Reianse los otros compañeros de su simplicidad; pero en breve trocaron la risa en admiracion y asombro, viendo que lo que subia paja, bajaba trigo, hasta completar otra tanta cosecha como la antecedente. Así manifestó Isidro cuanto sabia mortificar sus pasiones, y la proteccion que Dios le dispensaba en premio de su sacrificio.

Mortificaciones con su mujer: no por la contrariedad de génius, no por la diversidad de pareceres, no por la falta de paz y amor. Nada de esto; pues ambos eran santos, y ambos amigos de Dios: sinó porque el demonio, permitiéndolo el Señor, le tentó terriblemente acerca de la fidelidad de su mujer. Vivian los dos santos cónyuges en continencia y castidad: su mujer, Sta. Maria de la Cabeza, en un pueblo pequeño llamado Caraquiz, y S. Isidro en Madrid. Apareciósele

el demonio en figura de un labrador conocido y amigo suyo, y dijo le con gran reserva y misterio, que su mujer vivia malamente divertida con los pastores de la orilla del Jarama, á quienes iba á visitar todos los días. No le creyó el Santo desde luego, porque estaba íntimamente persuadido de la bondad de su esposa; pero fué tan fuerte la batería que le asestára el demonio, que determinó accecharla. Salió S. Isidro de Madrid, y ocóltose en el campo por donde le habia dicho que andaba su mujer; vióla, efectivamente, y que llevaba en su mano aceite y lumbré; vióla llegar á la orilla del río, y que, haciendo la señal de la cruz, y extendiendo sobre las aguas su mantilla, pasó sobre ella á la otra parte para encender una lámpara á María santísima, que se veneraba en una ermita allí erigida: ejecutado esto, volvió á pasar el río sin mojarse, como si caminara por tierra firme. El Santo, viendo este prodigio, quedó consolado, y dió gracias á Dios porque le habia librado de aquella terrible mortificacion, dejándole ver por sus propios ojos la santidad de su mujer.

Mortificaciones con su familia: pues habiéndosele caído en un pozo y ahogándosele un hijo que tenia el Santo, adorando con resignacion los juicios del Señor, se puso en fervorosa oracion; y acudiendo despues con su mujer al brocal del pozo, vieron entumescerse maravillosamente las aguas, y que sobre ellas subia el niño, á quien alargando los brazos sus buenos padres sacaron del pozo sano y bueno, alabando al Señor por sus misericordias. Mortificaciones, en fin, con los demás hombres, pues unos se burlaban de su piedad, otros se reían de su sencillez, otros insultaban su paciencia, y otros llegaron á injuriar públicamente su honradez, llamándole ladrón de la hacienda ajena. Fué el suceso de esta manera: dirigíase el Santo al molino con unos costales de trigo, y saliéndole al paso muchos pobres, les distribuyó gran parte del grano que llevaba, dividiendo tambien con las aves una regular porcion; de suerte, que cuando llegó al molino era muy poco el trigo que llevaba. Mandó el Santo al molinero hacer harina, y salió tanta, que los que habian concurrido á moler creyeron les habia robado el trigo de sus costales. Así se lo dijeron al Santo; pero él, sonriéndose y con una mansedumbre inalterable, les dijo: No he robado vuestro trigo ni robado á nadie lo que es suyo: dadme, si no queréis darme crédito, otro tanto trigo como yo traje, y llevaos la harina. Llevarónsela con efecto, y de aquel poco trigo que le dieron volvió á salir mucha más harina que del anterior. Recogióla el Santo; y sin alterarse, como hombre que tenia enteramente sojuzgadas sus pasiones, se volvió en paz á su casa.

¿Qué os parece? ¿No es verdad, que tenia Isidro un espíritu de

mortificacion consigo mismo, cuando no se allera ni irritaba con los malos tratamientos de sus amos, con las sospechas que concebiérase de su mujer, con los contratiempos de su familia, y con las atroces calumnias de los otros hombres? ¿No es verdad, que tenia un espíritu de caridad para con sus prójimos, á quienes socorría en sus necesidades espirituales y corporales, presentes y futuras, como habeis visto, extendiendo tambien su liberalidad á las aves del cielo y á los animales de la tierra? ¿No es cierto, que tenia un espíritu de religion para con Dios, frecuentando los Sacramentos, visitando los templos, oyendo misas, dedicándose á la oracion, y ofreciendo todas sus obras, palabras y pensamientos á la mayor gloria del nombre del Señor, como lo habeis oido? Luego es evidentemente verdadera mi proposicion, en la que afirmé, que habia sido Isidro un *hombre de bien*; esto es, un hombre adornado de un espíritu de religion con Dios; de un espíritu de caridad para con su prójimo, y de un espíritu de mortificacion para consigo mismo.

Ahora bien, hermanos míos; ¿podremos asegurar, sin adularnos, que todos nosotros somos hombres de bien, esto es, hombres que ofrecen á Dios sus trabajos, que reconocen y agradecen los divinos beneficios, que frecuentan los Sacramentos, que visitan los templos, que asisten devotamente á las misas, que se dedican á la oracion, y caminan siempre en la presencia de Dios? ¿Hombres que aman á sus prójimos con una caridad verdadera, que socorren á los menesterosos, que consuelan á los afligidos, que enseñan á los ignorantes, que visitan á los enfermos, y son útiles al público con sus obras y sus palabras? ¿Hombres que mortifican sus pasiones, que las reducen á la obediencia de la razon y de la ley, sin alterarse ni encolerizarse con la pobreza, con las enfermedades, con los malos tratamientos, ni con las demás tribulaciones de la vida? ¡Ah, hermanos míos! Confesémoslo de buena fé, y po mintamos al Espíritu Santo. Todos pretendemos pasar por hombres de bien; pero pocos, poquíssimos, vivimos de suerte, que lo seamos en realidad y en presencia de Dios. Las pasiones nos dominan, nos arrastran, nos pierden: la caridad cristiana se disminuye, y el espíritu de religion es desconocido. Pues, hermanos míos, abramos los ojos, y veamos cuán distantes nos hallamos de S. Isidro: acerquémonosle con la imitacion, y le experimentalaremos nuestro protector. Sedlo, glorioso Santo, de estos vuestros devotos que os invocan, y se emplean en promover vuestros cultos sobre la tierra; bendecid sus campos, amparad sus casas, defended sus familias, y alcanzadles del Señor mucha salud y mucha gracia, para que todos os vean eternamente en la Gloria. *Amen.*